

***¿QUÉ VES CUANDO ME VES? PERCEPCIONES Y EMOCIONES
SOBRE PRÁCTICAS DE DENEGACIÓN SOCIAL EN LAS
CIUDADES DE CÓRDOBA Y SAN LUIS (ARGENTINA)***

***WHAT DO YOU SEE WHEN YOU SEE ME? PERCEPTIONS AND EMOTIONS
ON THE PRACTICES OF SOCIAL DENIAL IN CITIES OF CÓRDOBA AND SAN
LUIS (ARGENTINA)***

Gabriela Vergara y Emilio Seveso Zanin

Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos

Resumen

En este trabajo abordamos las prácticas de rechazo y las situaciones de interacción fallida como clave para comprender la metamorfosis de la dominación entre clases en las sociedades latinoamericanas contemporáneas, centrándonos en sectores que han sido expulsados hacia los bordes materiales y simbólicos del capitalismo. Para analizarlas, nos remitimos en clave metonímica a las experiencias de un colectivo de recolectores de residuos y un grupo de receptores de asistencia en dos ciudades de Córdoba y San Luis (Argentina). Desde una Sociología del Cuerpo y de las Emociones, se analizan materiales empíricos de entrevista para identificar las percepciones y emociones de los sujetos en el cruce entre estados corporales y experiencias en la ciudad. Como cierre interpretativo, damos cuenta de los límites que vivencian, materializados en situaciones de distanciamiento y escisión interaccional que describimos como “denegación social”.

Palabras clave

Precariedad, cuerpos, expulsión, experiencia, Argentina, capitalismo.

Abstract

In this article we analyze the practices of rejection and failed interaction situations as a possible key to understanding the metamorphosis of class domination in contemporary Latin American societies, focusing on sectors that have been expelled towards the material and symbolic edge of capitalism. To analyze them, metonymically, we refer to the experiences of people who recycle garbage and a group of welfare recipients in Cordoba and San Luis (Argentina). From a perspective centered on a Sociology of the Body and Emotions, we analyze interviews to identify the perceptions and emotions of the subjects associated with their bodily states and experiences in the city. As a conclusion, we show the social constraints that are experienced by these individuals, embodied in social distancing and interactional split, which can be characterized, identified and described as "social rejection".

Keywords

Precariousness, bodies, expulsion, experience, Argentina, capitalism.

1. INTRODUCCIÓN [1]

En la actualidad, la grafía social que estructura el capitalismo expone un complejo puzzle de conflictos, el cual marca las pautas de reconocimiento posible entre los sujetos. En las ciudades prima el desencuentro, el debilitamiento de lo público, la segmentación de los espacios. Las reglas del “sentido del tener” (Marx, 1999: 148) rigen las capacidades de movimiento; ordenan las posibilidades del verse y el ser reconocido según las diferenciales formas del “adquirir” y el “poseer” en tanto orden de capitalización individual. Igualmente, dicha potencialidad está signada por la (re)producción de tensiones en los que media el anonimato y el miedo, el malestar y la inseguridad, que instalan múltiples interrogantes sobre las formas del ser y las intenciones del hacer de los otros-de-clase. De este modo, la interacción, cuando de

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el 2nd. ISA Forum of Sociology, *Social Justice & Democratization*, realizado en Buenos Aires entre el 1 al 4 de Agosto de 2012. Agradecemos los comentarios y sugerencias realizados por Graciela Magallanes para la versión final aquí presentada.

hecho se consuma en las ciudades, toma sitio en escenarios en donde la cercanía se ve marcada por la disociación y el rechazo.

Partiendo de estas claves de lectura, en este trabajo abordamos las situaciones de distanciamiento y escisión en las interacciones como lugar significativo para comprender los estados de dominación y la materialización de la desigualdad en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Para analizarlas, nos remitimos a las experiencias de un colectivo de recolectores de residuos en dos ciudades de Córdoba y de un grupo de desocupados que son asistidos en el marco de una política condicional en San Luis (Argentina), profundizando en las prácticas de “denegación social” que sobrellevan como parte de sus vivencias de expulsión y padecimiento cotidiano.

Para ello, en un primer momento, realizaremos una caracterización de la lógica capitalista y de las experiencias conflictivas que estructura como trama de las relaciones posibles entre clases. Proponemos utilizar la noción de *precariedad corporal* como una manera de sintetizar la inscripción de los procesos de expropiación y depredación en la biografía de los sujetos expulsados y, a su vez, la categoría de *denegación* como forma de caracterizar y circunscribir las prácticas de rechazo y las situaciones de interacción fallida asociadas a ellas. En un segundo momento, a través de una perspectiva centrada en una Sociología del Cuerpo y de las Emociones, caracterizaremos los casos de estudio, entendiéndolos como escenarios de indagación en los que es posible observar de manera cifrada los aludidos procesos conflictuales. Finalmente, y como tercer momento, situaremos la discusión empírica en una dialéctica interpretativa que abarca las percepciones y emociones expresadas por los sujetos, en el cruce entre estados corporales y experiencias en las aludidas relaciones.

A partir de la indagación en las prácticas de denegación, procuramos mostrar la prominencia de la conflictividad entre clases, de cara a los momentos de distanciamiento y rechazo cotidiano que, en forma incisiva y persistente, son susceptibles de ser impuestos por los sectores dominantes en la planimetría social. En las condiciones actuales de estructuración, esto brinda pistas fundamentales para entender el estado en que se encuentran los expulsados, en tanto epicentro de la conflictividad y la regulación del capitalismo, así como sobre sus formas posibles de realización en sociedad. Cuando superando las barreras del desplazamiento sus cuerpos

se vuelven “visibles en la ciudad”, se ven cercados por múltiples actos que cancelan su potencialidad de acción; actos que, de manera continua y persistente, actualizan los límites al reconocimiento y los estados de dominación que impone la trama expropiatoria y depredatoria del capital en su estructuración contemporánea.

2. CAPITALISMO, ORDEN DE EXPULSIÓN Y PRECARIEDAD CORPORAL

Como sucede en el resto de los países latinoamericanos, en Argentina se despliegan actualmente un conjunto de procesos y batallas centrales a partir de las cuales se define la posibilidad de expansión, profundización y prevalencia del capitalismo a escala global. A través de la actividad ejercida por grandes conglomerados y empresas multinacionales, cuya práctica es alimentada a su vez por políticas estatales que sostienen la baja regulación del mercado, el acceso a mano de obra e insumos naturales baratos y abundantes, se efectiviza la expansión del modo productivo sobre la naturaleza, el trabajo y la vida íntima, como supuesto de mercantilización ineludible para la conquista de la fantasía del desarrollo (Bartra, 2008; Borón, 2000).

Siguiendo los aportes de Carlos Marx, la vigencia de estos procesos a escala global permiten caracterizar al capitalismo como una gran maquinaria que consume de manera expropiatoria y depredatoria los recursos energéticos disponibles, tanto naturales como sociales (Scribano, 2012). Primero, por la extracción de las reservas del medio ambiente, tales como los minerales, el agua, la bio-diversidad, el petróleo, entre otros, que resultan ser insumos básicos para la vitalidad del modelo productivo; y simultáneamente, por la intensa explotación del trabajo (ya sea formal, informal, precarizado, intelectual o manual, tecnológico, industrial o doméstico, entre otros), en donde el cuerpo y su gasto calórico son incorporados por diversas vías a la realización de procesos finales o de intermediación productiva.

En el cruce de estas relaciones se van produciendo eslabones que componen un verdadero orden de “expulsión”, esto es, un escenario en el que se consume y perpetra la desigualdad como realidad cotidiana, que no resulta disfuncional al sistema ni constituye una falla transitoria que puede ser superada. Por esta razón es que, mas allá de los sutiles cambios “positivos” que experimentan las cifras agregadas a nivel social (CEPAL, 2012), la expulsión se evidencia como una formación consustancial a la trama

lógica del capitalismo en países dependientes y periféricos. Los efectos iterativos que la dinámica expropiatoria y depredatoria genera en los sujetos, implican la (re)producción de estados de privación que se codifican en las evaluaciones técnicas como pobreza, estado de vulnerabilidad y desempleo, situación de marginalidad, condiciones de servicios deficitarios, entre otras, así como en escenarios contradictorios y conflictivos persistentes que se tensionan de manera suplementaria y complementaria con los supuestos del desarrollo (Seveso, 2013). Pobreza frente a riqueza, protesta social frente a derechos formales garantizados, delincuencia ante seguridad ciudadana, crimen organizado contra orden legal, son algunos ejemplos que especifican las aludidas contradicciones y conflictos, pese a lo cual el sistema se muestra sumamente activo y en continua expansión.

Así, desde cierto punto de vista, las ciudades pueden ser entendidas como nodos de concentración de recursos, en donde las empresas despliegan una amplia oferta de bienes y servicios, los ciudadanos adquieren sofisticadas formas de disfrute, a la vez que los actores colectivos encuentran un abonado terreno para expresar sus demandas y adquirir visibilidad (Sassen, 2003) [2]. Pero estos escenarios, elaborados al calor del capitalismo, trasuntan a su vez los efectos de las actividades financieras globales, de la flexibilización del mercado laboral, de la polarización y el aumento de la desigualdad, marcadas por el brutal proceso destructivo que es ejercido sobre los recursos y energías socialmente disponibles.

En este contexto, desde la perspectiva que propicia una Sociología del Cuerpo y de las Emociones, introducimos la noción de “cuerpos precarios” con el fin de distinguir y enfatizar, con fines analíticos, ciertas dimensiones que expresan la materialización de esta dinámica expropiatoria y depredatoria en la biografía de los sujetos; es decir, apuntamos a reconocer la inscripción de sus efectos en la experiencia. Por esta razón, a diferencia de aquellos enfoques que aluden a “lo precario” en términos del mercado de trabajo (circunstancias de informalidad, ausencia de beneficios sociales y protección colectiva, entre otros), remitimos a la condición corporal de los sujetos, partiendo de una mirada crítica que procura mostrar –en sus formas concretas y específicas– dónde

² Para un análisis de las distintas visiones sobre la ciudad desde la antropología urbana, véase Lacarrieu (2007).

se encuentran, cómo están y qué hacen *los cuerpos* en tanto nodos del orden y del conflicto [3].

Como ya hemos expuesto en otro lugar (Seveso y Vergara, 2012), nuestro énfasis en la dimensión corporal está relacionada con tres supuestos teóricos anudados:

1) En términos espacio-temporales así como socio-contextuales, todo sujeto se comporta desde su cuerpo, a través del cual toman forma las impresiones y sensaciones, tanto como las percepciones y emociones sobre el mundo. La subjetividad se constituye en y por el cuerpo (Giddens, 1991); las condiciones materiales de existencia se convierten en estructurantes de la corporeidad (Bourdieu, 1999). Trascendiendo dialécticamente la dicotomía naturaleza-cultura, el cuerpo biológico adquiere el porte, los gestos y las expresiones de la sociedad en que vive (Elías, 1993). En otras palabras, no existe posibilidad de comprender la integridad del sujeto, de la acción ni de las relaciones sociales sin abordar esta dimensión.

2) Asumimos a su vez que la dimensión corporal debe ser pensada en estrecha relación con los modos de estructuración. Desde aquí, a diferencia de las perspectivas discursivistas, idealistas o normativas [4] –para las cuales la inscripción del sujeto en el mundo está relacionada principalmente con significantes–, enfatizamos en términos epistemológicos, teóricos y metodológicos la materialidad de las condiciones objetivas de existencia y de las prácticas. No existe cabida para la comprensión de las percepciones y las

³ De manera comparativa, es posible tomar en cuenta definiciones sobre la precariedad como las que proponen Green Duncan (2008: 177) y Eguía y Piovani (2007: 59), entre otros, quienes –repetiendo el sesgo de análisis que caracteriza a las vertientes hegemónicas– presentan al menos tres dificultades a la hora de pensar la desigualdad/la pobreza. Primero, no destacan los entramados de dominación social y las conexiones entre clases, de forma tal que acaban por conceptualizar el fenómeno como un campo cerrado e integrado, no relacional. Segundo, derivado de lo anterior, deslizan la dimensión *conflictual* del fenómeno que resulta ineludible al momento de abordar la problemática. Finalmente, y en tercer lugar, al realzar la dimensión socio-económica, obliteran el lugar del sentir y la experiencia, tal como sucede en los enfoques centrados en la disposición de “activos” o “recursos”; mientras que el acento que recibe el factor identitario (solo cuando es retomado por ciertas perspectivas de matriz culturalistas) pierde de vista el proceso de producción y reproducción material (Seveso, 2013).

⁴ Desde Emile Durkheim, pasando por Talcott Parsons hasta llegar a Erving Goffman, ciertas líneas de reflexión en la sociología han priorizado una mirada donde las normas y la cultura configuran a los sujetos, sus voluntades y modalidades de acción. Esto ha tenido un énfasis muy especial en el pensamiento sistémico, actualizado de manera reciente en la perspectiva cibernética tanto como en el enfoque de Niklas Luhmann.

emociones, así como del lenguaje, sin reconocer la existencia de un sujeto conformado en su trama “materialmente” bio-social.

3) En relación con lo anterior, es posible señalar que en las sociedades capitalistas el cuerpo es un *locus* central de conflictividad y orden. La reproducción efectiva del sistema involucra mecanismos y dispositivos que toman por centro a la corporalidad (Scribano, 2009; Haber y Renault, 2007). La misma vía de reproducción lo requiere como sitio de actuación privilegiado para regular aquello que los sujetos hacen y sienten, el modo en que se distribuyen y transitan en el espacio, la manera en que configuran sus percepciones y el sentir sobre los eventos del mundo y el sí-mismo. Desde aquí, la idea de cuerpo ingresa como un deslizamiento teórico que cualifica a la noción abarcativa de sujeto, poniendo foco en lo que consideramos es un objeto central del poder y la dominación.

De este modo, entendemos la corporeidad como una relación intrínseca entre componentes biológicos, subjetivos y sociales que se articulan y realimentan a partir de los vínculos entablados en el espacio social (Bourdieu, 1999). De allí que el estado de todo cuerpo en su *forma y figura*, así como en su *fuerza y empuje*, pueda ser leído como síntesis de los procesos de estructuración, en relación íntima con las percepciones y emociones que se elaboran en el decurso de las experiencias y las prácticas. En este camino, la conexión interpretativa entre geometrías y gramáticas corporales (Scribano, 2004) permite reconocer que la disponibilidad de capitales o recursos son el soporte de los modos de (re)producción vital y social, definiendo los funcionamientos en cuanto a la condición del ser y las capacidades de acción en términos del hacer, íntimamente relacionados con la mirada de los sujetos en tanto *sensibilidad y decir-protagonista* sobre el mundo (Seveso y Vergara, 2012).

Retomando la idea de precariedad desde su inscripción en el cuerpo, es posible destacar que quienes se encuentran actualmente en situaciones de expulsión transitan al menos algunos de los siguientes flujos estructurales: se encuentran entre la *privación material* que coarta su reproducción biológica y los estados de *dispensabilidad laboral* que se imponen por la demanda expansiva y/o recesiva de los mercados; entre la *desatención institucional* que genera una provisión deficitaria de servicios socialmente básicos (agua

potable, electricidad, red de cobertura, entre otras) y la *intervención corporal* que refuerza la regulación por vía de políticas compensatorias y/o represivas; y entre la *denegación social* que se configura como marcación y distanciamiento respecto a su rostroidad de clase y la *segregación socio-espacial* que consagra este rechazo al (re)producir círculos de encierro basados en la diagramación estratégica del espacio urbano [5].

De acuerdo con los flujos señalados, una expresión de los estados de expulsión social y precarización del cuerpo puede ser observada en las situaciones de escisión y distanciamiento entre-los-sujetos que efectiviza la dinámica del capital, los cuales caracterizamos como “denegación social”. Los mismos remiten analíticamente a prácticas de rechazo o situaciones de interacción fallida que componen el orden conflictual de la experiencia, configurando profundos estados de dislocación clasista asociados a percepciones y emociones que se elaboran como piezas de la estructura del sentir vigente [6]. Con ellas se actualiza el quiebre interclasista en consonancia con las condiciones de escisión material en un nivel que podríamos llamar microsociológico o (inter)subjetivo. La noción de práctica permite acentuar a su vez los efectos performativos que la acción de “otros” genera sobre la sensibilidad y experiencia de mundo en los sujetos.

Estas relaciones de distancia, como tramas sociales que tensionan el modo en que los sujetos perciben y sienten sus relaciones y encuentros recíprocos, se conjugan al menos

⁵ La noción de cuerpos precarios y las dimensiones aludidas han sido presentadas en Seveso y Vergara (2012: 12-14). El diagnóstico general es sin embargo deudor de otros trabajos de elaboración teórica, que de manera individual y colectiva fueron desarrollados en el marco del Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social del CIECS/CONICET y del Grupo de Estudios Sobre Subjetividades y Conflicto de la UNVM (GESSYCO). Entre otros textos de referencia reciente es posible destacar: Scribano y Seveso (2012); Scribano y Espoz (2011); Vergara y D'Amico (2010); Ibañez y Seveso (2010); Espoz, Michelazzo y Sorribas (2010); Scribano y Boito (2010).

⁶ La noción de estructura del sentir/estructura de la experiencia es tomada de Raymond Williams, en alusión al conjunto de significados y valores que son vividos y sentidos activamente por los sujetos, configurados como parte de una estructura epocal, como “una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada” (Williams, 2000: 155). En este marco, las percepciones pueden ser entendidas como esquemas o dispositivos de clasificación y apreciación que operan de manera anticipada en virtud de acervos de saberes resultantes de experiencias previas. La distinción y valoración de los objetos que actualiza permanentemente lo social hecho cuerpo actúa a partir de homologías y asociaciones que encuentran correlaciones entre pares de categorías que, en principio, no tendrían conexión. Las emociones, por su parte, se inscriben en la trama dialéctica que forman las impresiones que captan los sentidos, las sensaciones que éstas generan con las percepciones y que actualizan determinados modos de sentir el mundo en el devenir de las prácticas. En esta línea, aceptamos la íntima conexión que existe entre afectividad y perceptividad social, puesto que “un hombre que piensa es un hombre afectado (...) No hay proceso cognitivo sin que se ponga en marcha un juego emocional y viceversa” (Le Breton, 2012: 70).

con otros dos mecanismos: los muros mentales y las fronteras humanas. La noción de “muro mental” pretende dar cuenta de manera provisoria del conjunto de percepciones y emociones a través de los cuales “el otro” tiende a ser invisibilizado, rechazado y/o borrado del horizonte de las interacciones, dando lugar a un estado de diferenciación y distanciamiento clasista (‘ellos-no-son-como-nosotros’). Las “fronteras sociales”, a su vez, operan como materializaciones de esos límites, ancladas en espacios y territorios definidos como propios (y de este modo apropiados diferencialmente) que envían un mensaje de ‘por aquí no pasarás’ o ‘hasta aquí llega tu cuerpo’ (Vergara y Seveso, 2012) [7]. Así pues, a nivel subjetivo es posible identificar los muros mentales, a nivel intersubjetivo las prácticas de denegación y en el plano socio-espacial las fronteras, si bien todas ellas operan dialécticamente en su forma instanciada.

Desde la subjetividad enclasada se configuran modos particulares de percibir y sentir el mundo, en tanto experiencia de las modalidades de encierro que estructura la sociedad y de detención que experimentan los cuerpos. Un punto en el espacio topográfico es constitutivo de cierta subjetividad, elaborada en la conexión entre condiciones de producción y re-producción de la trayectoria y las formas de vida, pudiendo ser recortado como inscripción originaria de clase según la posición y condición social del sujeto (Bourdieu, 1984). Por lo tanto, allí donde parece que nada individualiza más a alguien que sus propias clasificaciones, valoraciones y gustos, es posible dar cuenta que el plano de la mirada y la forma del sentir se encuentran íntimamente relacionadas con el lugar dominado o dominante de cada sujeto, en tanto elaboraciones sociales “ajustadas al orden de las cosas”, como estructuras vueltas cuerpo. De allí que podamos afirmar que en las cogniciones y afecciones se expresan las formas de sentir/experimentar lo social de acuerdo con la geometría y la gramática corporal que tienen los sujetos en el cruce entre posición y condición de clase, estructuradas de acuerdo con ciertos “esquemas de percepción” (Bourdieu, 2007) y “reglas afectivas” (Hochschild, 2008).

⁷ No pretendemos afirmar que estas sean las únicas modalidades que adquieren las relaciones de interclases en la actualidad. Si formáramos un continuo o banda helicoidal, podríamos identificar como anverso o extremo opuesto (pero no necesariamente correlativo) a la denegación, los muros y fronteras, a las prácticas filantrópicas, solidaristas y asistenciales. A diferencia de las primeras, éstas suponen *en su forma* un acercamiento hacia el otro, aunque en un sentido estricto no impliquen don ni reciprocidad, ya que se constituyen a través de una lógica en la cual el único que recibe es el que “da”, como situación de autocomplacencia que desdibuja el rostro y la voz del otro, suturando y ocluyendo la relación desigual que efectivamente los distancia. Para una explicación del solidarismo, ver Boito (2005, 2010); sobre filantropía en el escenario neocolonial latinoamericano, Scribano (2012).

Nada de lo dicho hasta aquí pretende negar la capacidad de agencia en los sujetos, el ejercicio de prácticas intersticiales, o invisibilizar los procesos contestatarios que posibilitan la transformación del mundo. Consideramos que la construcción de una analítica sobre la esperanza y la liberación debe ser un capítulo central (y de hecho, una prioridad política) en el desarrollo empírico y conceptual de las ciencias sociales. En todo caso, lejos de asumir una visión determinista, nuestras reflexiones pretenden complementar una mirada sistemática sobre las sensibilidades actuales en transformación. Por eso es que no eludimos las relaciones que desmienten la reproducción del sistema [⁸], si bien, en esta instancia particular, buscamos contribuir a la comprensión de las lógicas que neutralizan los conflictos mediante su inscripción en el cuerpo, para dar cuenta de las formas en que la sociedad se apropia, marca y vuelve disponible a los cuerpos.

Las prácticas de denegación deben ser tenidas en cuenta como un componente de la experiencia de clase, resultado de la imposición de sentido en la vivencia de los dominados. Así, pueden ser observadas a ambos lados del espectro social, como un haciéndose en los sectores dominantes que puede ser rastreado igualmente en la sensibilidad de los sujetos que son objeto de la denegación. En este último caso interesa ver cómo ese ejercicio del poder en tanto práctica afirma y confirma los estados de expulsión y precariedad. Y, particularmente, es prioritario observar cómo esas relaciones estructuran la experiencia, reconfigurando las posibilidades del hacer en los sujetos, igualmente orientadas hacia la soportabilidad del sistema y la elusión del conflicto cotidiano (Scribano, 2012, 2009, 2007).

3. METODOLOGÍA DE TRABAJO Y CASOS ESTUDIADOS

Las estrategias cualitativas para el abordaje de las prácticas, percepciones y emociones resultan ser múltiples y variadas, implicando métodos que van desde la interpretación de registros de diálogo hasta la observación participante, pasando por el desarrollo de grupos de discusión y el análisis de instancias expresivas. El material que hemos seleccionado para el presente trabajo retoma un conjunto de entrevistas en profundidad

⁸ En esta dirección, solo a modo de ejemplo, ver entre otros: Vergara (2012), Seveso y Paz Garcia (2009), Scribano, Magallanes y Boito (2012).

que fueron recabadas por los autores, en el marco de sus investigaciones de postgrado, relativas a un grupo de recuperadores de residuos en Córdoba y a un conjunto de desocupados que son asistidos en la ciudad de San Luis (Argentina) [⁹]. Partiendo de las conexiones antes aludidas entre expulsión y precariedad corporal, nuestro objetivo es abordar las experiencias de denegación teniendo en cuenta la disposición relacional de clases que esta situación implica.

Si bien las condiciones demográficas y habitacionales de estas ciudades son diversas, los sujetos estudiados se transversalizan por una trayectoria común dados sus lugares relativos en el espacio social. A esto se sobreponen otros dos rasgos sociológicos: el género y la edad, puesto que en su mayoría se trata de mujeres adultas, muchas de ellas jefas de familia. Esto permite establecer cierta continuidad entre los casos desde el punto de vista de la posición y condición de clase, el cual redundará (como bien veremos más adelante) en experiencias de denegación afines.

El primer colectivo está conformado por un grupo de personas que recolectan materiales desechados y reciclables, clasificándolos para su posterior comercialización en depósitos de la ciudad. En Argentina se les suele llamar “cartoneros”, “cirujas”, “carreros”; en Brasil “catadores”; en Uruguay “clasificadores”; en México “pepenadores”. La actividad que realizan es informal y marginal, en la medida en que “viven y comen” de lo que encuentran en las calles o remueven de los depósitos de basura. En el caso analizado, los medios de movilidad identificados son carros tirados por caballos y bicicletas, aunque muchas veces la recolección también se realiza caminando.

El segundo grupo remite a un conjunto de sujetos que son asistidos en tanto “desocupados” en el marco de un Programa de Transferencia Condicionada denominado

⁹ Las investigaciones en cuestión son dos. “Experiencias de la doble jornada en mujeres recuperadoras de residuos de Córdoba y San Francisco en la actualidad. Un análisis de sus tramas corporales, percepciones y emociones” (2012), tesis final de la Dra. Gabriela Vergara. En este caso los registros provienen de entrevistas con mujeres recuperadoras que fueron generados por la autora y por el Lic. Martín Carola. Los registros se realizaron en Córdoba Capital, en la Cooperativa “Los Carreros” de Villa Urquiza, y en la ciudad de San Francisco, a mujeres que trabajan por cuenta propia. Las entrevistas en profundidad del segundo caso forman parte del material primario para un trabajo exploratorio independiente que desarrolla el Dr. Emilio Seveso. Estas dos investigaciones se atraviesan a su vez por proyectos colectivos desarrollados en el marco del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social y el Grupo de Estudios Sociales sobre Subjetividad y Conflicto, ambos inscriptos en el Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (<http://estudiossociologicos.com.ar>).

“Plan de Inclusión Social”, el cual prevé actividades diversas de corresponsabilidad como contrapartida a los ingresos monetarios recibidos [10]. En el caso específico del Subprograma de Seguridad Pública y Protección Civil (que comporta una de las modalidades existentes de implementación), los asistidos –nominados por el discurso oficial como “protectores”– ejecutan tareas de vigilancia callejera y proporcionan servicios de ciudadanía en establecimientos públicos con el fin de “velar por la protección de los ciudadanos y de sus bienes” así como “prevenir y reducir el estado de vulnerabilidad social y de esta manera revertir la sensación de inseguridad” (Decreto N° 473-MLyRI-2003).

La hipótesis que orienta este trabajo sostiene que una de las posibles síntesis de los flujos de precarización del cuerpo de estos grupos puede ser observada en la experiencia de las prácticas de denegación social, como instancia de vivencia de la dinámica de expulsión que implica el sistema social capitalista.

De este modo, aun cuando los actores analizados pueden ser diferenciados a partir de múltiples variables contingentes, su realidad cotidiana se define de manera transversal por la experiencia de clase, de acuerdo con sus lugares comunes, originarios y relativos en el espacio social. Su modo de “estar” y de “ser” en el mundo se sintetiza por referencia a un estado corporal en el que se inscriben múltiples faltas, tales como la situación de “desempleo” y “pobreza”, pero en donde advienen a su vez “presencias” que tienden a integrarlos como sujetos recuperadores/recuperados o recicladores/reciclados para la producción ampliada, ya sea a través de circuitos informales y flexibles de trabajo o mediante políticas estatales productivas (Vergara y Seveso, 2013).

Veremos a su vez que, en estos casos, la denegación es vivida activamente en la dialectización entre cogniciones y afectividades sobre el mundo, que dan cuenta de manera central del estado de expulsión en el cual se encuentran. En este camino, hemos encontrado que la vivencia cotidiana de la denegación remite a diversas formas de anclaje. Por el lado de las percepciones, es reconocida en prácticas de rechazo cotidiano, en nominaciones lingüística (cristalizadas o emergentes) y en la referencia a indicios

¹⁰ Para una caracterización de los Programas de Transferencia Condicionada, CEPAL (2011). El caso específico demanda una serie de complejidades que no podemos reproducir aquí, pero que han sido expuestos con mayor extensión en otros textos (Seveso 2012, 2010, 2007).

anatómicos/estéticos. A su vez, por el lado de las emociones, se corporiza en la vivencia iterante del dolor social, el resentimiento clasista y la sensación de inferioridad.

A continuación presentamos una tabla que esquematiza las mencionadas categorías y dimensiones, todas ellas emergentes del análisis de las entrevistas.

Tabla 1. Principales dimensiones detectadas en la experiencia de denegación	
Percepciones	Borramiento, descortesía, rechazo y/o agresión
	Nominaciones despreciativas, según criterios de pulcritud, belleza, orden y/o seguridad
	Depreciación de la identidad, por estigmas de racialización, invalidación, criminalización y/o zoomorfización
Emociones	Sensación de inferioridad, vinculada a la vergüenza, la incomodidad y/o la turbación
	Dolor social, expresado como sufrimiento, malestar, y/o miedo
	Resentimiento, bronca y/o desprecio

Tomando como guía las dimensiones que presentamos en el recuadro (que solo con fines analíticos han sido separadas, ya que en la experiencia se atraviesan y convergen de manera múltiple) –y dejando en claro que estas interpretaciones se sumergen en la compleja articulación entre producción material, situaciones de expulsión y precariedad corporal, por un lado, y entre experiencia cotidiana y denegación social, por otro– en el próximo apartado nos remitiremos a las percepciones y emociones identificadas. Las mismas dan cuenta de manera especular sobre cómo los sujetos “se sienten” y “se ven” a sí mismos al estar inscriptos en prácticas de rechazo y situaciones de interacción fallida. Veremos que en algunos casos esto se revela incluso de manera oculta, por los efectos de invisibilización, inversión y desplazamiento que producen ciertos modos regulados del sentir inscriptos como sensibilidad en el cuerpo.

4. LA PERCEPCIÓN COTIDIANA DE LA DENEGACIÓN

Desde los espacios asimétricos de lo social se establecen e incrustan las grafías aprehendidas de lo que el mundo “es” para cada sujeto, configurando la sensibilidad de manera cooperativa con las experiencias. Los modos en que se observa el mundo, como visión, di-visión y no-visión (Bourdieu, 2007) y a su vez, lo que se siente, el cómo y el

cuánto (Hoschchild, 2008), se disponen a través de un sentido práctico que involucra el ejercicio del hacer estructurado y vuelto cuerpo.

En este marco, la cortesía (Elías, 1996) supone una de las formas de estilización del trato entre personas cuya funcionalidad permite entablar vínculos efectivos, implicando diversas formas de gestos, sonrisas y miradas de asentimiento que traducen amabilidad y respeto. Como contrapartida, en los casos estudiados, hemos identificado prácticas que implican una experiencia de clausura en la relación entre clases, como ausencia del conjunto de disposiciones que habitualmente se consideran necesarias para generar una interacción cara a cara exitosa, y que producen por este camino una sensación de *invisibilización* o *borramiento* en el sujeto afectado.

I: la gente a veces me mira, a veces yo digo “buenas tardes”, “buen día”, hay algunos *que ni contestan*, ¿no? (San Francisco 2008. Recuperadora)

A: con los chalecos verdes algunos *ni te miran, ni te saludan ni te conocen*. (San Luis 2009. Protectora)

R: me ha pasado que toco el timbre, *estoy viendo que me ven por la ventana y no me contestan ni me hablan, ni me abren la puerta, ni me ni levantan la cortina, ni te dicen “no”, nada*. (...) por ahí, *me da bronca* y le digo “bueno gracias, si no le vengo a robar nada”. (Córdoba 2008. Recuperadora)

La mirada, el saludo, el diálogo, pueden ser utilizados como recursos que (derivados de las reglas de la cortesía) refuerzan las relaciones de encuentro entre los sujetos; o bien, ante su ausencia, anulan cualquier tipo de interacción. Los cuerpos precarios, que viven de lo que el otro “da” (en este caso, como receptores de la basura para ser reciclada o prestadores de seguridad a cambio de la asistencia estatal) saben de las formas básicas y elementales para iniciar de manera estilizada en una interacción, pero éstas les son muchas veces negadas. Hacer de cuenta que no están, que no son vistos, es un punto de evasión que implica un “como si” no existieran. Este mensaje, cifrado en actos habituales y comunes, es mutuamente entendido. Las (no)miradas, los (no)saludos, las (no)respuestas son algunas de las vías mediante las cuales opera la intención de “borrar” dando forma a una invisibilización en acto. El chaleco verde y los carros con basura

son, en este contexto, marcas de inscripción que acrecientan la presencia de clase del sujeto que no es reconocido en su presencia y a quien no se concede el acceso “al trato entre personas”.

Estas prácticas, de las que se sienten objeto tanto los protectores como las recuperadoras, se conectan “con” y actualizan “en” modos particulares de sentir el mundo, tales como la bronca y el disgusto por el tipo de (mal)trato que reciben y del cual no se consideran merecedores. En uno de los casos la emoción pone de manifiesto incluso un flujo de contra-rechazo, es decir, una respuesta ficticia hacia el otro que, sin embargo, no tiene la misma potencia, la misma fuerza, y apenas si logra expresarse como soliloquio, sin receptor que escuche (“me da *bronca* y le digo ‘bueno gracias, si no le vengo a robar nada’”). El malestar es así una expresión de dolor social, anudada a la bronca como resentimiento frente a una práctica de denegación que se reconoce pero, a la vez, no puede ser impugnada.

En este camino, también toman forma actos de *descortesía*, en tanto prácticas intencionadas que el otro parece producir para lograr el exilio del sujeto más allá del horizonte posible de la interacción.

Mo: hay vecinos que a lo mejor nos sentamos cinco minutos, porque diez minutos, nosotros caminamos una hora descansamos diez minutos, esos diez minutos nos sentamos y *a lo mejor viene la vecina que cierra la persiana empieza a regar la vereda, a barrer la vereda ¿qué quiere decir eso? que te tenés que levantar e irte.* (San Luis 2009. Protectora)

C: uno dice “cuando está lloviendo no sacan los cartones”, pero vos sabés que a veces hay gente que... hay negocios que... el cartón a lo mejor no te lo sacan el día que ponéle que está lindo; esperan, llueve y vos ves (...) te ven pasar con el carrito y digo yo, pero *cómo no te llaman* para... para darte los cartones y los sacan para que se mojen. (San Francisco 2008. Recuperadora)

En el primero de estos fragmentos, se manifiesta la soberanía territorial de un vecino sobre la acera, la cual remarca como propia (propiedad) llevando al destierro de un cuerpo que considera ajeno sin que medie la palabra como forma de comunicación. En

el segundo caso, la descortesía es función de la manera en que se entrega el cartón: en la misma bolsa con comida o cuando llueve. En los dos casos el mensaje que advierten los sujetos es similar: *no quiero que... existas aquí*. Así, en el extremo de lo descortés se elabora un mensaje brusco y disruptivo, puesto que los sujetos se sienten a sí mismos como una entidad extraña en la ciudad, la cual puede ser ignorada en algunas instancias, que no merece un buen trato en otras, convirtiéndose en objeto de rechazo en ambas. O bien, se trata de torpezas que implican una suerte de falta de “delicadeza” o de “cuidado” en la acción de ese otro, que vuelven transparente, manifiesta y clara la distancia de clase.

Esa descortesía, como práctica, es un síntoma y marca indicial del abismo que existe entre los expulsados y los vecinos de la ciudad, implicando –desde el punto de vista de la experiencia de clase– una falta de comprensión y aceptación de sus intenciones de estar allí para trabajar. Son formas de acción que no se ocultan ni disimulan, explícitas en su intención, como un gesto cuya carga simbólica está puesta en mostrar al sujeto que debe mantenerse en distancia.

Una forma todavía más clara de denegación yace en el uso explícito de la *violencia verbal y física*. Bajo la forma de insultos y agresiones, los recuperadores y protectores se vuelven protagonistas de un descargo que consideran injustificado, sintiéndose agredidos por esos otros que se sitúan en posiciones diferencialmente superiores. En el primer caso (violencia verbal) se recurre a referencias sociales para desvalorizar la condición de humanidad, a usos lingüísticos despectivos que están cargados de humillación, a partir de los cuales se establece una práctica de interacción negativa, tal como se puede apreciar en los siguientes fragmentos:

T: “que sos una sucia, que sos una mugrienta, que no te gusta trabajar, sos una vaga... eso lo hacés de vaga, porque hay trabajo y no querés trabajar”; ¿entendés?, esas cosas.

E: esas cosas te han dicho.

T: *las he sentido, digamos yo desde joven*. (Córdoba 2008. Recuperadora)

P: un día se me da por sentarme porque ya no daba más, me siento a fumarme un cigarro y viene la chica del frente [otra Protectora] y me dice “bueno, ya que

estás fumando un cigarro convidáme” y se sentó. Se bajo un tipo en el auto, y dice “*manga de putas, así se ganan la plata*”.

Be: claro, la gente no sabe que vos podes parar, que tenés un plan de trabajo.

P: a mi se me reventaban las varices, porque la primera vez que empecé a trabajar yo no sabía que se podía descansar. Me caminé las 12 horas; en la noche, eran las 6 de la mañana...

E: ¿te acordás del auto del tipo, la cara del tipo, algo? [...]

P: era un señor como... se ve que era de plata, algún empleado o algo; así, un señor que tenía un buen puesto, un buen auto también. (San Luis 2007. Protectoras)

T: tengo una nieta que es muy bonita, es una gringa, “la gringa” le dicen (risas) ... también agarra el carrito, “¡uh! –dice [una persona]– ¡qué bonita chica! –dice– ¡qué lástima! –dice– ¿cómo la va a tener así?”, “así ¿cómo?” le digo, “y sí –dice– mire –dice– ¡cómo anda con el carro!”. Le digo: “*el carrito este no es ninguna deshonra, como la mirás vos, sí*”. *Porque viste te hacen dar rabia, no podés ni discutir con el tipo ese... no podés.* (Córdoba 2008. Recuperadora)

Las referencias a la prostitución –en tanto forma de ganarse la vida– o a la vagancia como figuras de la pobreza, atraviesan la condición de clase y género de las mujeres que (en uno y otro caso) trabajan en la calle como actividad cotidiana. Mientras se apela a imágenes denigrantes acerca de la personalidad y el trabajo, se pronuncian “retos” y sanciones que desacreditan los modos del ser y del hacer.

Aquí la condena se orienta a descalificar la realidad que exhiben los sujetos como primera vista. La suciedad que emana del contacto con la basura se contrapone con la limpieza y pulcritud de la ciudad. El descanso de un cuerpo con escasas energías disponibles contrasta con la actividad productiva incesante que ostenta la clase media. Así, el mito del vago como inutilidad y la fealdad de la pobreza como falta de higiene sirven para demarcar los límites de lo abyecto en una sociedad que se autopercebe como trabajadora y honrada, correspondientes a las grafías urbanas de lo moderno y lo desarrollado. Pulcritud, laboriosidad y orden son tres claves de la mirada de clase que condenan a todo aquello que se escapa y contradice el dictado de la sociedad dominante.

Las miradas que a su vez buscan reubicar a las mujeres como putas/prostitutas, no reconociéndolas así como trabajadoras, generan una “rabia” que se mezcla con la impotencia de no poder “ni discutir”. La pérdida de diálogo, como en otros pasajes, es un síntoma de cómo las relaciones entre-clases se quiebran incluso en instancias de interacción directa, aun cuando se comparte la misma acera. La rabia es bronca que emerge ante la ofensa que deshonra.

En este camino, una forma en que se percibe la denegación es bajo el ropaje de las clasificaciones dominantes, a partir de la elaboración de tipificaciones estigmatizadas o el uso de estereotipos peyorativos (cristalizados o emergentes, *sensu* Williams). La deformación de la propia “naturaleza de humanidad”, comparando a los sujetos con algo que no-son, adviene tanto en la representación de la prostitución y la vagancia (de un individuo fuera del patrón moral) como en la figura del criminal (como individuo peligroso) que (tras)viste al sujeto o dispone una (más) cara imputándole características que deforman su pertenencia social, anclando y ratificando el sentido del rechazo.

E: mucha gente viene y te grita cosas. Una vez vino un hombre y nos dijo: “*ustedes son una manga de chorros; desde que están ustedes se pierden las cosas*” [como imitando a un vecino que grita]. A mi me ha pasado en un montón de lugares. (San Luis 2007. Protectora)

T: *algunos jóvenes usan el carro para hacer arrebatos y bueno ahí caemos todos, caen todos los jóvenes porque un joven bien limpio y bien vestido arriba del carro no puede andar. [...]* Supongamos que es un chico que trabaja para él, supongamos que él se compra zapatillas de marca, un pantalón, una campera que sean de calidad, o que estén limpios nada más o sea algo que se vea que está bien, o no, y se sube arriba de un carro, *bueno lo primero que dice la policía: vos no andás trabajando, andás robando*, venga adentro [del calabozo] y eso hasta que (...) sí, sí... y no los paran. (Córdoba 2008. Recuperadora)

M: *y alguna que te reta también* (risa)

E: ¿sí?, ¿te retan?

M: sí, algunas sí. ¿Adónde era... cómo era que fuimos o con la Mari, era? que nos retaron una vuelta, estábamos juntando cartón, salió a decir la señora, “no

no, no, dejen eso ahí nomás -dice-, *no lleven porque desparraman todo*”, no nos dejó que saquemos el cartón. (San Francisco 2008. Recuperadora)

Las voces que imputan criminalidad a los entrevistados remiten en estos dos fragmentos a actores y escenarios distintos, pero no es casual que compartan un contenido similar. Las taxonomías de uso común se configuran a través de las luchas simbólicas libradas entre las clases y sus fracciones, instalándose como instrumentos de conocimiento y expresión del mundo (Bourdieu, 2007). La delincuencia se hace presente como espacio de la anomia y la desviación que rupturan la legitimidad y el orden hegemónico, utilizada así para calificar a la otredad clasista en tensión con quienes se saben en posiciones diferencialmente superiores en el espacio social. De este modo, la seguridad es otra de las claves que se suma a la concepción de la ciudad deseada, junto con las ya mencionadas formas de lo pulcro, lo productivo y lo ordenado.

Es así que ambas actividades (la recolección y la corresponsabilidad asistencial) se ven cercadas por un sentido negativo, a pesar de tratarse de estrategias de vida institucionalmente reconocidas por el Estado. Los sujetos, formalmente habilitados para transitar la ciudad desde el punto de vista del ejercicio que implica su actividad, son desterrados por constituir a la vez un potencial riesgo a la salud, al orden e incluso a la seguridad. En las expresiones se capta un claro acto de desvalorización, desfiguración e inferiorización de su identidad. Los vecinos y la policía dicen “quiénes son” los protectores y recuperadores a partir de cómo son vistos, ya sea que se trate de una mujer cumpliendo con su contrapartida laboral o de un cartonero “bien vestido” o con gorrita y bufanda, pues los chalecos y los carros son sus lugares de inscripción social, son los íconos alcahuetes de sus condiciones materiales de vida.

En este contexto, los sujetos denegados expresan cierto atisbo de contra-rechazo. Por eso es que suelen aparecer demandas por reconocimiento basados en la necesidad de que la actividad y la propia identidad sean valoradas (no invisibilizadas ni destituidas), dado que la propia experiencia de vida confirma la posibilidad vivir-*en-la-pobreza* y *de-la-pobreza*, siendo de esta manera “pobre pero honrado” [11].

¹¹ En otro trabajo (Lisdero y Vergara, 2010) hemos denominado a esta configuración como “fantasía de la pobreza digna”.

Como ya decíamos en páginas anteriores, además de la referencia a emisores simbólicos, la denegación puede ser observada también en relación a formas de violencia física explícitas.

I: yo la semana que entre cinco [personas] *me quisieron agarrar y cagar a palos*.

C: no, sí, eso es lo que tenía viste [realizar la actividad de protección en las calles].

I: *pasabas y te escupían en los pies, te cagaban a puteadas* [te insultaban]; *a las mujeres les tocaban el traste*. [San Luis 2009. Protectoras]

L: mi hijo le dice a mi marido “papi vos sabes que vine por acá –acá nomás el otro barrio vecino– y el hombre me dice que me da un auto que está todo desarmado –dice– ... y me da treinta pesos para que se lo saque –le dice así, y... dice– ¿qué hago?, ¿voy?”, porque recién venía con el caballo, el caballo cansado... entonces le dice mi marido “no, no –dice– desatálo y atá el otro – dice–, atá el otro caballo” (...) “y andá y traélo porque vas a tener los treinta pesos más lo que vendás de chatarra... más lo que vendás”. Entonces agarra y mi hijo se va con otro chico también, un cuñado mío. Se van, él llega, se baja del carro... cuando *se baja del carro, le cayó toda la policía* ... y empezaron a tirar, a disparar, tiros, y entonces dice que mi hijo dice *que se quedo ahí quieto* así [como congelado], él no sabía qué pasaba y le dice el policía “tiráte al suelo”, entonces viene a ser, cuando se tira al suelo, él se pensaba que era arrodillarse porque en las películas cuando dice así, se arrodillan, viste que en las películas se arrodillan; entonces él se arrodilló porque no sabía (...) entonces la policía le dice “*te estoy diciendo que te tirés al suelo*”, entonces le dice “si estoy en el suelo” le dice mi hijo y porque le contestó “estoy en el suelo”, dice, “¡ah!, ¿qué?, ¿me estás charlando vos?” –dice– *y le pegó y lo agarró de una patada, todo en la espalda... y... y lo llevaron, se lo llevaron* [preso]. (Córdoba 2009. Recuperadora)

Diversos actores –en el primer caso los vecinos del barrio, en el segundo la policía– ejecutan prácticas que colocan a los sujetos en situación de coacción e inmovilidad corporal. Desde la exterioridad de las órdenes y los insultos, pasando por las escupidas y las patadas, hasta el temor del niño involucrado en la escena de un supuesto robo, la

violencia opera de manera explícita ante el semblante de un expulsado que se vuelve visible. Los otros re-accionan como una modalidad de denegación frente a la estética de su rostro luminizado, de la vestimenta que envuelve su cuerpo, del chaleco y el carro que son inscripción de su actividad laboral, marcando límites, colocando barreras y ejecutando rechazos codificados como golpes.

Como efecto de estos procesos se advierte una disposición de detención o “congelamiento” en los sujetos, de cuerpos que se cortan y se vuelven impotentes ante una escala de violencia que no controlan, para la cual no se encuentran preparados y que en principio los excede en sus capacidades [12].

El término *discriminación*, que aquí tomamos como una expresión nativa del discurso, tal como dan cuenta los entrevistados, es el ropaje que subsume en términos comprensivos a las anteriores formas de denegación. La práctica discriminativa opera como un codificador social (perceptivo, emocional e igualmente lingüístico) por el cual los sujetos logran dar cuenta en forma mediada de las distintas formas de borramiento, descortesía, rechazo y agresión de las cuales se vuelven objeto de atribución. En otras palabras, la “discriminación” es un recurso reflexivo sintético que es repetición en la conciencia de la experiencia negativa que supone la denegación en una vida de precariedad.

Gu: saben como soy yo, los que me conocen saben como soy yo, *pero la gente es muy discriminativa (...) la gente discrimina mal, mal* (San Luis. Protector, 2011).

J: *no me gusta la vida que nosotros llevamos porque el carrero es muy discriminado* (Córdoba. Recuperadora, 2008).

Los esquemas perceptivos y las reglas afectivas son formas de apreciación inscriptas en relaciones objetivas. Así, en la conexión entre *habitus* y práctica, los sujetos actualizan y reproducen los modos del sentir/experienciar su posición y condición de clase a partir del lenguaje conocido, puesto “a mano” en lo social, dando sentido por este camino a

¹² En este caso la experiencia de “congelamiento” como inacción se conecta con los flujos afectivos del miedo y la impotencia que profundizaremos en el siguiente apartado relativo a las emociones.

las caras existentes del “nosotros y los otros”. A partir de él ponen de manifiesto las relaciones de dominación, las estructuras de desigualdad, sus dolores y padecimientos a nivel social, lo cual opera de manera sintomática, como evidencia que a la vez se encuentra invisibilizada. El rechazo, el borramiento, la violencia simbólica y física, pueden ser codificadas entonces como “discriminación”, como sutil reconocimiento de los actos de diferenciación y violencia que los otros ejercen (y pueden ejercer cotidianamente) sobre el “nosotros”.

De acuerdo con la información provista por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), el 29,3% de los cordobeses y el 27,7% de los *puntanos* [¹³] dicen haberse sentido discriminados alguna vez. Entre las principales razones que ponderan se encuentra, en primer lugar, el “nivel socioeconómico” (18% y 29,7% respectivamente) y en segundo lugar el “color de piel” (11,1% y 15,6 %), siendo éstas las formas más frecuentes que vivencian como sujetos discriminados y observan en la actitud de otros hacia terceros (INADI, 2009, 2008). El rostro y la piel exponen la materialidad del estigma y la denegación de clase, identificables en términos de prácticas concretas que se orientan hacia sectores cromatizados en términos de la “negritud” que reviste su condición de pobreza (Scribano y Espoz, 2011).

En los fragmentos anteriores es posible advertir a su vez que para los sujetos las situaciones de denegación implican formas dolorosas de relación social. En el primer fragmento el sujeto asistido reconoce que la gente “discrimina mal”, como una expresión de intensidad; mal por mucho, por muy evidente y por el mal-estar que ese rechazo explícito genera. En el segundo fragmento se reitera esta densidad: el carrero es “muy” discriminado. “Muy” y “mal” operan, de esta manera, como claros intensificadores de la referencia al rechazo.

Sin embargo, en ambas citas el malestar se ve desdibujado por vía del desplazamiento de la relación conflictual. “La gente discrimina” y “el carrero” son términos amplios y totalizantes que muestran un corrimiento del sujeto como receptor de la práctica de discriminación, del mismo modo que implican una toma de distancia respecto a la figura protagonista y el efecto de perturbación que produce. La referencia a la denegación

¹³ Se dice “puntano” a la persona que es originaria de la capital de San Luis.

aparece subsumida de este modo a los códigos del narrar, que ocultan las circunstancias de desigualdad, dominación e injusticia que allí se estructuran.

T: y bueno *yo me sentía feliz*, siempre me he sentido bien trabajando en el carro, *pero he sentido, sí, la discriminación de la gente*. (Córdoba 2008. Recuperadora).

Gu: los vecinos se creían que yo laburaba [trabajaba] en otra cosa, y después *cuando descubrieron en qué laburaba, no sé, me miraban de otra forma, como sapo de otro pozo...* (San Luis 2011. Protector)

La fuerza de las agresiones, los insultos, los estereotipos, imputan al sujeto la carga de un estigma que lo hace portador de un disfraz (Goffman, 2006: 12-13, 19). Por eso es que el sentimiento de discriminación se expresa en una relación social como barrera, como distancia, desde el rostro difuso de la ‘gente’ que se impone a través de marcas. Tal como sucede en el segundo fragmento, en algunos casos ésta se vuelve una experiencia innombrada, in-nominada, pero que se puede narrar metafóricamente describiéndola como proceso, ya que involucra los *des-cubrimientos* que los otros hacen sobre la supuesta identidad del sujeto. Así, las miradas sobre alguien humano, que se metamorfosea en un sapo, ponen al desnudo y revelan lo que (en apariencia) es la forma originaria y más profunda del sujeto [¹⁴].

Este acto, que expresa ante todo un estado de la dominación de clase, devora por lo tanto la instancia posible de satisfacción en el trabajo (el sentirse bien como carrero o valorar las propias tareas en el marco de la política asistencial), cerrando un amplio círculo de agresiones que se inscribe cotidianamente en la biografía como dolorosa cicatriz. Este círculo parte de los estados de expropiación que los sujetos padecen en condiciones de pobreza, se cristaliza en la desavenencia de su identidad a través de la tipificación y el uso de estereotipos, llega hasta la expresión de la violencia corporal como práctica de rechazo, consagrándose finalmente en una vida de dolor y malestar por la apropiación diferencial de la felicidad. Es difícil hallar satisfacción laboral en situaciones de precariedad, porque el disfrute es impedido en todas sus formas no solo

¹⁴ La transposición y asociación de las personas con los animales (por ejemplo, el de ser nombradas como ‘catas’ y ser tratadas como ‘perros’) es un mecanismo que por razones de espacio no hemos profundizado en el análisis. Para un trabajo que señala orientaciones similares, ver Scribano y Espoz (2012).

por las instancias de expropiación de las energías corporales, sino además por el efecto de los muros mentales y la denegación establecida.

En el próximo apartado veremos estas experiencias en clave de la segunda dimensión que hemos definido paginas arriba, que son las emociones.

5. EMOCIONES Y AFECCIONES VUELTAS CUERPO

Cartoneros y asistidos comparten particulares condiciones de existencia que hemos caracterizado como de expulsión social y precariedad corporal. La experiencia de denegación resulta ser una de las claves para leer esta situación, a partir de la cual se actualizan no solo percepciones, sino también estados afectivos que implican formas regulares de sentir la interacción con los otros.

La Sociología de las Emociones constituye actualmente un renovado campo de estudios, el cual encuentra antecedentes en pensadores como Goffman, Fourier, Marx, Bentham y Durkheim (Scribano, 2013), viéndose consolidada durante el último cuarto del siglo XX a partir de perspectivas como las de Arlie Russell Hochschild, Thomas Scheff y Theodore Kemper (Bericat Alastuey, 2000). Aquí sólo remitimos a dos lecturas posibles, que consideramos complementarias por la referencia a procesos estructurales y por su énfasis en la vivencia (inter)subjetiva de la afectividad.

Antes de que el campo de estudios se viera consolidado, Norbert Elías (1993) fue uno de los pensadores que identificó la centralidad de lo emotivo en las transformaciones de la civilización occidental, dando cuenta de cómo los cambios en las estructuras afectivas se corresponden con transformaciones en la racionalización de la conciencia. Por su parte, Hochschild ha enfatizado en sus investigaciones el carácter socialmente regulado del sentir. Su abordaje sociológico propone una articulación entre las concepciones cognitivas heredadas de la propuesta dramaturgica y el legado del inconsciente psicoanalítico. Entre el “yo calculador” de Goffman y el “yo inconsciente” de Freud, procura dar cuenta de un “yo sensible, un yo que tiene la capacidad de sentir y conciencia de tal característica” (Hochschild, 2008: 114).

Desde este lugar, resulta relevante considerar lo que el propio actor puede decir sobre su afectividad, el modo en que es capaz de codificarla y a la vez expresarla mediante su capacidad reflexiva, en términos de la noción de agencia referida por Anthony Giddens (1991). Las situaciones que enmarcan las prácticas dan cuenta de un sentir vuelto cuerpo, estructurado por el orden social, que varía a lo largo de la historia, de las diferentes culturas y de los grupos sociales, y que en el caso del capitalismo regula y obtura otros modos del sentir posibles [15]. A continuación presentamos algunos fragmentos de entrevistas que ponen de manifiesto la presencia de los flujos afectivos en las experiencias de denegación de los sujetos.

Una de las formas que hemos identificado está vinculada al “dolor social”, en el sentido en que ha sido entendido por Scribano (2007: 127 y ss.). Las distancias entre las metas socialmente valoradas y las capacidades disponibles, entre las necesidades que los sujetos poseen y las capacidades para satisfacerlas, entre lo que quieren/tienen y aquello a lo que pueden acceder, genera una sensación de desanclaje y desconexión. Esto produce un resquebrajamiento de la articulación entre el sentido del “yo” subjetivo, la inscripción de lo social en tanto habitus y la referencia filogenética del organismo en relación a su medio ambiente, vuelto dolor social en tanto resultado del conjunto de tribulaciones, des-ventajas y depreciaciones existentes.

De este modo, en referencia a las percepciones de denegación, los sujetos expresan:

Mo: entonces, esteem, *son cosas que nos molestan, nos duelen, pero estamos para cuidarlos a ellos ¿entendés?* (San Luis 2009. Protectora-mediadora)

Gu: *es feo, por ahí si te supieran entender un poquito, y más bien que no te gustaría estar* [en el Plan de Inclusión]. (San Luis 2010. Protector)

¹⁵ La capacidad de los agentes de expresar lingüísticamente lo que sienten nos permite sostener teóricamente el uso de las entrevistas para identificar, analizar e interpretar las emociones. Aunque en algunos casos los sujetos no las definan de manera explícita, apelamos a su inscripción en las relaciones y prácticas sociales, que se articulan y complementan con gestos, posturas, disposiciones corporales, en el marco de los procesos de estructuración capitalista que hemos definido en páginas anteriores. En términos metodológicos, esta es una técnica entre muchas otras posibles para abordar lo emotivo.

M: sí, a mí *si me hubieran tratado mal*, yo no voy, te digo, me hubiesen tratado mal, no hubiese ido más [a recolectar residuos], así *como rebajado* o... *no hubiese ido (...)* o *me hubiese sentido mal yo*. (Córdoba 2008. Recuperadora)

En los fragmentos citados es posible observar distintos flujos emotivos que tiñen la experiencia ante las prácticas de denegación. Desde la “molestia”, pasando por la sensación de “dolor”, hasta llegar al “mal-estar” existente y posible, las referencias lingüísticas describen una subjetividad afectada, dañada y herida.

Lo que provoca dolor es el cruce tensional entre las situaciones de borramiento y agresión que se experimentan como displacenteras y la condición de no ser entendido/aceptado socialmente. Así pues, con relación a la tarea que se realiza, la mirada de los otros reenvía al sujeto al sitio al que pertenece socialmente, al lugar que ocupa en términos de posición social, como mero beneficiario de la política asistencial o como trabajador marginal de recolección. El rol ficticio que el Estado adjudica a los protectores se muestra incompatible con cualquier tipo de acción de seguridad efectiva. La tarea de reciclaje en las calles rebaja, a su vez, la condición del sujeto como verdadero trabajador.

En el segundo y tercer fragmento puede advertirse cierto desplazamiento desde el dolor a la vergüenza provocada por el no querer ‘estar allí’ (en condición de expulsión, precariedad y denegación). Las expresiones en modo condicional –“gustaría” y “me hubiesen”– resultan de un juego recíproco de miradas de terceros y de autopercepciones que delatan el estado de padecimiento que se reconoce como real y a la vez se anticipa. En el caso de los protectores esta situación se configura a partir de un reclamo por el reconocimiento orientada hacia aquellos a quienes “cuidan” pero los rechazan. Entre tanto, en el fragmento de las recuperadoras de residuos la expresión en un tiempo verbal hipotético se abre hacia dos posibles reacciones: si te mal-tratan hay que emprender la huida o bien someterse al malestar; correrse frente a la denegación que se vuelve por momentos insoportable, imponiendo el deseo por “no ir más”, o bien sufrir la afección interna como un dolor que coagula la interacción, haciéndose carne en la propia subjetividad.

La vergüenza se evidencia, en ambos casos, particularmente por la auto-percepción de discordancia con la sensibilidad clasista de aquello que resulta aceptable y tolerable para los otros. El discernimiento de la proximidad física con la basura, como lo feo y lo sucio, o la marca de estetización que porta la indumentaria como estado palpable de la pobreza, evidencian esta relación, tal como puede observarse en los siguientes fragmentos.

C: ¡ah! los *primeros días sí, te sentís mal* viste [trabajando con la basura], o *te da vergüenza*, que esto que aquello viste.

E: ¿sí? por ejemplo, ¿vergüenza de qué?

C: ... *lo que dirá la gente viste, pero como ser ahora ¡ya no! viste, a mí me da lo mismo.* (San Francisco 2008. Recuperadora).

E: ¿te sentís mejor tratada cuando asumís el papel de mediadora o cuando estás como persona común?

Ni: yo la verdad que *me siento segura como persona común.* O sea, *sin este uniforme... para la calle, para la sociedad*, para salir a cierta hora, te digo, *mejor es salir sin esto, sin credencial, sin nada.* Entonces, viste, nadie te dice nada porque pasas (...) Pero si te ven con esto saben que venís a seguridad. Yo nunca me vengo así; yo me vengo así nomás [con la ropa de uso diario], entonces ya está, como que vas a cualquier lado. Por ahí no lo toman en cuenta, pero si te ven así con campera y chaleco sí, te empiezan a decir cualquier cosa (...) Yo te puedo hablar de los mediadores que yo conozco de otros barrios, también; ellos se llevan como yo el chaleco en la mochila; se lo sacan a la mañana, se lo llevan en la mochila al trabajo, pero nunca te vas a venir en el colectivo con el chaleco a estar parada en la esquina porque es para que te digan cosas. (San Luis 2007. Protectora)

El flujo de miradas de auto y hetero-reconocimiento, que impacta en la subjetividad de recuperadores y protectores, hace presente, como observamos, a la vergüenza como una emoción central. La sensación de inferioridad por tener que (sobre)vivir en la pobreza, juntando basura para vender o trabajando en un plan de asistencia estatal, son representativas del juicio de la sociedad que atraviesa el cuerpo, imponiendo la vivencia de la expulsión por el sentido del rechazo.

Frente a la turbación que produce lo que dicen y hacen los otros, se hacen presentes dos tipos de acciones de resguardo a la subjetividad. Por un lado, la forma del “¡ya no! viste, a mí me da lo mismo” que aparece en el primer fragmento, muestra el estado de soportabilidad del sujeto ante la denegación. Se trata de una anestesia autoinfligida, que lleva a un eventual acostumbramiento a las expresiones de desagrado que la gente profiere, puesto que se acepta la obligación apremiante de seguir juntando residuos por las carencias y necesidades de la precariedad. Por otro lado, en el segundo fragmento se evidencia un acto de ocultamiento para reducir los tiempos de exposición al rechazo. La estrategia de pasar inadvertido ante la mirada de los otros, de ser visto como una persona común y no quedar expuesto como un asistido, implica una forma de camuflaje que genera a su vez una sensación de protección de sí-mismo.

M: uno la primera vez le da *medio temor*.

E: ¿temor?

M: sí, *vergüenza*, pero *después no*, después ya seguís, seguís (...) hasta que... digo... hasta acá llegué, hasta acá, voy a salir.

E: y vergüenza de... ¿de qué te da?

M: y que *por ahí uno está juntando y te miiira la gente*, te miiira, te miiira y *no te saca los ojos de encima*. (San Francisco 2008. Recuperadora)

Gr: *es un riesgo estar en la calle. Porque hay algunos que te tienen bron[ca]...* yo me acuerdo que una vez había unos chicos ahí, y ellos me han dicho, me provocaba, *me decían un montón de cosas ¿viste? Buchona, qué sé yo, barbaridades que me decían los niños; muchachotes...* (San Luis. Protectora, 2010)

Como ya hemos visto, la denegación asume formas diversas que van desde miradas de juicio y expresiones agraviantes hasta llegar a gestos ofensivos y ataques físicos. Todas estas prácticas actualizan la conflictividad entre clases, poniendo de manifiesto situaciones de rechazo y distanciamiento en las interacciones. De allí que en ciertas oportunidades los sujetos expresen una sensación de “temor” y “riesgo”. Los otros actúan negativamente por desagrado, asociando sus tareas de trabajo a lo inferior o bajo, pero también por sospecha, por desconfianza, revelando que sus cuerpos no son

adecuados para el estar y transitar por la calle, la vereda o el barrio. De allí que, frente a acciones que se saben contrarias a los parámetros de la sensibilidad hegemónica –como el revolver las bolsas, el caminar por el barrio vigilando las casas, el re-buscar un modo de vida diferente – exista temor al rechazo, al insulto o la agresión; así como vergüenza ante la burla o la permanente sanción del otro-de-clase.

Sin embargo, también es posible observar que estos estados afectivos –el dolor social, la vergüenza, el malestar, el miedo– se conjugan entre las urgencias de la privación material, que demandan seguir buscando basura en las calles o cumpliendo con la actividad de contrapartida asistencial para subsistir. Los ojos del otro, puestos encima del cuerpo, como un vigilante obsesivo, se convierten en una carga que se reconoce y a la vez se sobrelleva como parte del vivir en condiciones de expulsión y precariedad. En este sentido, el ser-denegado se va haciendo hábito y cuerpo, se vuelve parte de un acontecer que se elude o soporta, generando respuestas de huida o rabia en el marco de la imposibilidad de transformar las condiciones de existencia.

6. CONSIDERACIONES FINALES

A partir de la relación entre expropiación, expulsión y precariedad, hemos procurado enmarcar y enfatizar la dislocación en los vínculos entre-clases, configurada como una experiencia de desencuentro persistente y activo en el orden conflictual de las ciudades. En este sentido, si bien existen diversos mecanismos que permiten dar cuenta de los estados de la dominación y el ejercicio del poder, la noción de *denegación* que ha sido bosquejada da cuenta de las prácticas de rechazo y quiebre en la interacción, a partir de la cual se efectivizan diversas formas de distanciamiento que se imponen a los sujetos en tanto política de vida. Esto nos brinda algunas pistas importantes para comprender el rompecabezas de la expulsión desde el análisis sociológico.

En forma esquemática, podemos indicar que la particular estructura de relación que implica la denegación insume la operatoria de al menos tres piezas [¹⁶]:

¹⁶ Este esquema sirve a los fines ilustrativos del concepto. Es pensado en términos de una articulación variable, no secuencial, por lo que no pretende dar cuenta de etapas o fases lineales de construcción. Del mismo modo, la explicitación se fundamenta en el sentido práctico que reviste, de allí que no hacemos referencia a estados de racionalidad o conciencia en los sujetos.

i) La denegación se manifiesta en prácticas de un sujeto que se halla inscripto en una condición, posición y disposición dominante con relación a unos otros en estados de expulsión y precariedad, a su vez diferenciados/diferenciables con base a criterios hegemónicos (como la pulcritud y la seguridad, la productividad y el orden) desde los que se despliegan etiquetas y clasificaciones de desaprobación (sucio, feo, peligroso, vago, entre otras posibles). Las percepciones derivadas de los esquemas clasificatorios y modos de nominación aludidos operan como ‘muros mentales’ que se corresponden con percepciones y emociones, (re)produciendo la materialización de acciones de rechazo y situaciones de interacción fallida en términos de la relación social implicada.

ii) En virtud de su condición de agente reflexivo, el sujeto denegado es capaz de percibir estas prácticas, identificar y clasificar gestos, miradas, posturas, ademanes, los cuales “impactan” en su subjetividad en virtud del acervo de sentidos que posee. Así como las percepciones, las emociones dan sentido y tonalizan el sentido de esta relación. En el caso de las entrevistas que analizamos los sujetos dicen sentir incomodidad, malestar, bronca e incluso miedo ante la presencia de ese-otro-de-clase, aunque también se revelan ciertos estados de anestesia social, de un “sin dolor” en virtud del sufrimiento repetitivo, normalizado y aceptado.

iii) Como resultado de las instancias de denegación, que parten como fundamento de la escisión en los modos de habitar y ver el mundo en tanto clase, es posible encontrar en los sujetos denegados diferentes tipos de “respuesta” que van desde la aceptación y la soportabilidad respecto al rechazo, hasta una postura contestataria. Así, en ocasiones, es posible observar la puesta en marcha de prácticas de huida o evasión, paralización o insulto, entre otras posibles.

Particularmente en este trabajo, nos hemos ocupado del segundo de los ejes de análisis. Las prácticas de denegación, son identificadas y clasificadas por los sujetos que las padecen como un fragmento de sus experiencias de expulsión. Sea recolectando basura, sea cumpliendo la prestación de un plan asistencial, las situaciones de encuentro en las calles repiten desde el nivel intersubjetivo el quiebre estructural entre clases, en consonancia con las condiciones de precariedad corporal. En ellas, las situaciones de

clase se cruzan a su vez con construcciones de género y sentidos simbólicos sobre las actividades de trabajo.

Las acciones de agresión física y verbal, el conjunto de gestos, miradas y expresiones que con distintos grados de intensidad ponen en acto el rechazo, se van efectivizando como resultado del control material y simbólico de recursos/activos socialmente valorados, así como del ejercicio de los lugares de dominación preservados y perpetuados. De allí que junto a las prácticas de rechazo y las situaciones de interacción fallida ejecutadas se dé simultáneamente una transposición de esquemas de clasificación y apreciación que son configurados subjetivamente –no sin contradicciones, tensiones ni conflictos– por los *sujetos-denegados*, en tanto modos de ver-se (en) el mundo y de experimentar a los “otros”. Y del mismo modo, se definan formas de expropiación y apropiación diferencial del espacio en términos de aquello que legítimamente puede llegar a ser ocupado/habitado en la ciudad.

Las prácticas percibidas, registradas e identificadas por los cuerpos-denegados, se inscriben en la vivencia de un mundo poblado de tensiones, en el que se elaboran emociones tales como el dolor social, la turbación o la vergüenza, el temor y formas diversas de resentimiento clasista. Las mismas pueden agruparse bajo la categoría nativa de “discriminación”, en torno a la cual hemos diferenciado formas variables como la invisibilización/borramiento, la descortesía, el rechazo y la violencia verbal/física.

Por este camino, la denegación se expresa como un proceso y un producto de los estados de expulsión que contribuyen a la coagulación de las relaciones, al concretizar el rechazo mediante prácticas destitutivas en los encuentros cara a cara. Prácticas que se reinscriben subjetivamente en percepciones y emociones, configurando así una subjetividad que no solo vive la no-aceptación sino que además captura el color de la dominación. Esto implica no solo estados materializados del vivir, sino además formas naturalizadas del percibir y sentir el mundo.

De este modo, mediante los aportes que brinda una Sociología de los Cuerpos y de las Emociones, nos ha sido posible identificar diferentes procesos y prácticas que instancian las lógicas complejas de estructuración de la expulsión. A partir de la noción de *denegación* explicitada, hemos dado cuenta de un conjunto de instancias de encuentro

que, pudiendo dar cabida a momentos de reciprocidad, reproducen iterativamente distancias de clase, fundados en muros y fronteras que im-posibilitan la interacción. Así pues, lejos de proponer una mirada miserabilista de la pobreza, maniquea de las desigualdades o complaciente con “los encuentros más allá de las diferencias”, nos interesó identificar cómo se actualizan las distancias sociales entre-los-sujetos y cómo éstas (re)marcan estados particulares “en” y “de” los cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, A. (2008). *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*. México D.F., Editorial Itaca.

Bericat Alastuey, E. (2000). 'La Sociología de la emoción y la emoción en la Sociología'. *Papers*, N° 62.

Boito, M. E (2005). 'La telaraña 'solidaria': un señuelo para direccional el comportamiento ciudadano ante la pobreza. Indagación de algunas escenas', en Scribano (Comp.) *Geometría del conflicto: Estudios sobre acción colectiva y conflicto social*. Córdoba, Universitas.

--- (2010). 'Exploraciones sobre las regulaciones del sentir/experimentar clasista ante expresiones de necesidad: la operatoria hegemónica de la sutura solidaria transclasista', en Scribano y Lisdero (Comp.), *Sensibilidades en Juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. Córdoba, CEA/UNC-CONICET.

Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires, CLACSO.

Bourdieu, P. (1984). 'Espacio Social y Génesis de Clase', en *Sociología y Cultura*. México, Grijalbo.

--- (1990). 'Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo', en Alvarez-Uría y Varela (Edits.) *Materiales de Sociología crítica*. Madrid, La Piqueta.

--- (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona, Anagrama.

--- (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

CEPAL (2011). *Programas de Transferencia Condicionadas. Balance de la experiencia reciente en América Latina*. Santiago de Chile, Naciones Unidas.

--- (2012) *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile, Naciones Unidas.

Eguía, A. y Piovani, J. I. (2007). 'Desigualdades entre géneros e intragéneros en el mercado laboral del Gran La Plata (1992-2002)', en Eguía, Piovani y Salvia, (Comps.) *Género y Trabajo. Asimetrías intergéneros e intragéneros*. Buenos Aires, EDUNTREF.

Elías, N. (1993). *El proceso de la civilización*. Buenos Aires, FCE.

--- (1996). *La sociedad cortesana*. México, FCE.

Espoz, M. B. Michelazzo, C. y Sorribas, P. (2010). 'Narrativas en conflicto sobre una ciudad socio-segregada. Una descripción de las mediaciones que las visibilizan', en Scribano y Boito (Comps.), *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*. Buenos Aires, CICCUS.

Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península.

Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.

Green, D. (2008). *De la pobreza al poder. Cómo pueden cambiar el mundo ciudadanos activos y estados eficaces*. Intermón Oxfam.

Haber, S. y Renault, E. (2007). '¿Un análisis marxista de los cuerpos?', en Lachaud y Neveux (Dir.) *Cuerpos dominados, cuerpos en ruptura*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima*. Buenos Aires: Katz.

Ibáñez, I. y Seveso, E. (2010). 'Políticas de encierro y regulación de las sensaciones. Un abordaje desde la vivencia de los pobladores de Ciudad de mis Sueños', en *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*, Scribano y Boito (comp.). Buenos Aires, Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad (CICCUS).

INADI (2008). *Mapa de la discriminación en Argentina: experiencias, percepciones y representaciones. Investigación cuantitativa noviembre 2007*. Córdoba, Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo.

--- (2009). *Mapa de la discriminación en Argentina. Experiencias, percepciones y representaciones. Investigación cuantitativa enero 2008*. San Luis, Instituto Nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo.

LacARRIERU, M. (2007). 'Una antropología de las ciudades y la ciudad de los antropólogos', en *Revista Nueva Antropología*, núm.67. México, UNAM.

Le Breton, D. (2012). 'Por una antropología de las emociones', en RELACES año 4, N10. Córdoba. Programa de Acción Colectiva y Conflicto Social/CIECS-CONICET.

Lisdero, P. y Vergara, G. (2010). 'Promesas y desencantos de los 'nuevos' trabajos. Un análisis de los mecanismos de sujeción en los recuperadores de residuos'. *Revista Pensamiento Plural*. Año 3, N°6, Janeiro/Junho. Universidad Federal de Pelotas. En: <http://www.ufpel.edu.br/isp/ppgcs/pensamento-plural/ed-06.htm>

Sassen, S. (2003) *Contra geografías de la globalización*. Madrid, Traficantes de sueños.

Scribano, A. (2004). 'Conflicto y estructuración social: una propuesta para su análisis', en Zeballos, Tavares Do Santos y Salinas Figueredo (Eds.), *América Latina: hacia una nueva alternativa de desarrollo [XXIV Congreso ALAS]*. Arequipa, UNAS.

--- (2007). 'La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones', en Scribano (comp.) *Mapeando interiores*. Córdoba, Universitat.

--- (2009). 'A modo de epílogo ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones?', en Scribano y Figari (comps.) *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s)*. Buenos Aires, Clacso-Ciccus.

--- (2012). *Teorías sociales del Sur: Una mirada post-independentista*. Buenos Aires, Estudios Sociológicos Editora. En: <http://estudiossociologicos.com.ar/portal/blog/teorias-sociales-del-sur>.

--- (2013). *Teoría social, cuerpos y emociones*. Buenos Aires, Estudios Sociológicos Editora. En: <http://estudiossociologicos.com.ar/portal/blog/teoria-social-cuerpos-y-emociones/>

Scribano, A. y Boito, M. E. (2010). 'La ciudad sitiada: una reflexión sobre imágenes que expresan el carácter neo-colonial de la ciudad (Córdoba, 2010)', en *Actual Marx Intervenciones* N° 9, 1er Semestre. Santiago de Chile, LOM Ediciones y Universidad Bolivariana.

Scribano, A. y Espoz, M. B. (2012). 'El Animal que está en mí: La Zoomorfización como práctica ideológica asociada a las estructura de experiencias de jóvenes en situación de segregación', en *Revista ALAS*, Vol. 4 N.6. Asociación Latinoamericana de Sociología.

--- (2011). 'Negro de mierda. Geometrías corporales y situación colonial', en Jonatas Ferreira y Adrián Scribano (edits./comps) *Corpos em concerto*. Recife, Ed. Universitária da UFPE. Pp.97-126.

Scribano, A. y Seveso, E. (2012). 'La cabeza contra el muro', *Revista de Ciencias Sociales*, de la Universidad de la República, N° 30, Uruguay. En: <http://www.fcs.edu.uy/pagina.php?PagId=1278>

Scribano, A., Magallanes, G. y Boito, E. (2012). *La fiesta y la vida*. Buenos Aires, CICCUS.

Seveso, E. (2013). *Sensibilidad y pobreza. Los protectores del Programa de Seguridad Comunitaria ante los vecinos de la ciudad de San Luis (2004-2010)*. Tesis final del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina/Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Inédito.

--- (2012). 'Sensibilidad y pobreza, entre experiencias y prácticas clasistas', en *RELACES*, N° 9, Año 4, Agosto-Noviembre. En: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/191/133>

--- (2011). 'Los beneficiarios del 'Programa de Seguridad Comunitaria' ante los vecinos de la ciudad de San Luis. Una posible reconstrucción de sus miradas', en *Onteaiken*, N°11, Mayo. Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social/CIECS-CONICET. En: <http://onteaiken.com.ar/boletin-11>

--- (2007). 'Políticas corporales, reconocimiento y subjetividad. Reflexiones preliminares sobre la implementación del plan de Seguridad Comunitaria en la ciudad de San Luis', en *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Seveso, E. y Paz García, P. (2009). 'Os contextos revolucionários: sobre mudança histórica, política e institucional em contextos revolucionários. Análise comparativa das últimas duas reformas constitucionais da Bolívia (2004 e 2008) respeito da constituição da Cuba 1976 (alterada em 1992)', en *Revista de Estudos e Pesquisas sobre as Américas*, Vol. 3 , N°2. Brasília, Centro de Pesquisa e Pós-Graduação sobre as Américas (CEPPAC) - Universidade de Brasília (UNB). En: <http://www.red.unb.br/index.php/repam/issue/view/160>

Seveso, E. y Vergara, G. (2012). 'En el cerco. Los cuerpos precarios en la ciudad de Córdoba tras la crisis argentina de 2001', en *Papeles del CEIC*, 79, marzo. País Vasco, Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva. En: <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/79.pdf>

Vergara, G. (2008). 'Cuerpos y percepciones en la teoría de A. Giddens. La gramática temporal de una biografía encarnada en el mundo', en *Revista Intersticios*. Vol. 2. N°2.pp.251-259. En: <http://www.intersticios.es/issue/view/176>

--- (2010). 'Percepciones del trabajo doméstico y extradoméstico de las mujeres recuperadoras de residuos de Córdoba y San Francisco', Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Córdoba. Inédito.

--- (2012). 'Experiencias de la doble jornada en mujeres recuperadoras de residuos de Córdoba en la actualidad. Un análisis de sus tramas corporales, percepciones y emociones'. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Inédito.

Vergara, G. y D'Amico, M. (2010). 'Crisis e incertidumbre: un análisis de las experiencias colectivas en Córdoba y Villa María, desde los cuerpos y las emociones', en *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*, Scribano y Boito (Comp.). Buenos Aires, CICCUS.

Vergara, G. y Gianonne, G. (2009). 'Carreros, cartoneros, cirujas y algo más. Hacia un mapeo de los colectivos de recuperadores de residuos en la ciudad de Córdoba', *Onteaiken* N° 7, Mayo Córdoba, Social/CIECS-CONICET. En: <http://www.accioncolectiva.com.ar/revista/www/sitio/boletines/boletin7/2-2.pdf>

Vergara, G. y Seveso, E. (2013). 'Detenciones corporales como reverso de las circulaciones capitalistas. Una indagación sobre recuperadores de residuos y beneficiarios estatales en Argentina', en *Circulaciones materiales y simbólicas en América*, Camarena Luhrs (coord.). México, Instituto de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Autónoma de Querétaro. [En prensa]

Williams, R. (2000). *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Ediciones Península.